



Alicia sentóse en él algo embarazada ante aquel silencio y deseosa de que alguien hablara. Al fin lo hizo la reina roja.

—Se olvidaron del pescado y de la sopa —dijo—. ¡Sirvanle el asado!

Y los camareros pusieron ante Alicia una pierna de carnero que ésta miró con cierta inquietud, pues nunca había trinchado un pedazo tan grande.

—Parece que la miras con recelo —dijo la reina—. Te la voy a presentar. ¡Alicia!, ¡Carnero!, ¡Carnero!, ¡Alicia!

La pierna enderezóse en el plato e hizo a Alicia una pequeña reverencia que ésta correspondió, no sabiendo si asustarse o tomarlo a broma.

—¿Puedo ofrecerles una tajadita? —preguntó pasando la mirada de una a otra reina, y con el cuchillo y el tenedor ya preparados.

—¡No, por cierto! —contestóle la reina roja con tono

firme —. No es de etiqueta cortar a quién nos ha sido presentado... ¡Llévense la pierna!

Y los camareros se la llevaron, y volvieron de nuevo con un enorme budín de ciruelas.

—¡Por favor no me presenten al budín! —rogóles Alicia con vehemencia—. A este paso no podremos comer nada. ¿Quieren un poquito?

Pero la reina roja se interpuso malhumorada:

—¡Budín!, ¡Alicia!, ¡Alicia!, ¡Budín!... ¡Llevaos el budín!

Y los camareros lleváronse el budín con tanta rapidez, que Alicia ni siquiera tuvo tiempo de devolverle el saludo. A pesar de esto, no acababa de comprender por qué razón la reina roja fuera la única que tuviese derecho para ordenar y quiso efectuar un experimento.

—¡Camareros! —gritó—. ¡Traigan aquí otra vez el budín! ¡Pronto!

Y como por arte de encantamiento se lo pusieron delante. Era tan enorme que, como le ocurriera con la pierna de carnero, no pudo evitar una sensación de timidez. Sin embargo, hizo un gran esfuerzo para dominarse; cortó una rebanada y se la ofreció a la reina roja.

—¡Qué impertinencia! —protestó el budín—. ¿Quisiera ver qué cara pondrías tú si yo te cortara un pedazo de ti! ¡Criatura!

Hablaba con un balbuceo espeso y grasoso, Alicia, en verdad, no pudo encontrar ninguna palabra para replicarle. Sólo tuvo ánimos para sentarse y suspirar.

—¡Pero haz alguna observación! —exclamó la reina roja—. ¡Es ridículo dejar todo el discurso a cargo del budín!...

—Espero que todos vosotros comprendáis... —comenzó Alicia, un poco contrariada—. Me han recitado tal cantidad de poesías hoy —proseguía, y en sus ojos